

**UNA TRAGEDIA
AMERICANA**

**EL
PROCESO
DE
MEL
Y
CANDY**

LOS HEROES SON LOS DE UN FILM NEGRO: UN VIEJO MULTIMILLONARIO, SU JOVEN ESPOSA, SU ATLETICO SOBRINO, ASESINOS A SUELDO Y UN ABOGADO GENIALMENTE CINICO. SIN EMBARGO, TODOS SON REALES. EL PROCESO DE CANDY MOSSLER Y DE MELVIN POWERS HA APASIONADO Y TRASTORNADO A AMERICA, REVELANDOLE UNA INQUIETANTE IMAGEN DE SI MISMA.





DESDE las siete de la mañana, los primeros espectadores habían comenzado a alinearse prudentemente ante la puerta de la sala de audiencia, en el quinto piso del Palacio de Justicia de Dade County, en Miami. La mayor parte había traspasado la cincuenta y se parecía bastante a la gente que suele sentarse al sol en los bancos públicos.

A las ocho, la multitud era más numerosa, más ruidosa, y se habían instalado ya las cámaras de televisión. Una anciana muy frágil insistía para ser entrevistada por un joven reportero que trataba de eludirla apuradamente. Ella acabó por arrebatarse el micrófono: «¿Quiere usted saber lo que pienso? —dijo—. Pues voy a decírselo. Yo pienso que van a librarse porque tienen millones».

Un cartón sujeto a la puerta de la sala de audiencia designaba el proceso que era objeto de estos comentarios: «Procedimiento criminal número 2.244. Estado de Florida contra Candace Mossler y Melvin Lane Powers». Los inculcados, en libertad provisional contra una fianza de 50.000 dólares (tres millones de pesetas), estaban acusados del asesinato del banquero Jacques Mossler, marido de Candace. Mossler había muerto, a la edad de sesenta y nueve años, de treinta y nueve cuchilladas en el pecho. Su viuda, de cuarenta y seis años, y preocupándose con cierto éxito de no aparentarlos, había heredado la mayor parte de su fortuna, estimada entre cuatrocientos millones y dos mil quinientos millones de pesetas. Melvin Lane Powers tenía veinticuatro años. Era el sobrino de Candace, hijo de su hermana. El acta de acusación suponía la existencia de una relación íntima entre ambos y conceptuaba como móviles del crimen la pasión y el interés.

Hacia las nueve de la mañana, los ujieres abrieron por fin las puertas y se produjo un remolino de gente para ocupar las plazas disponibles en la tribuna del público. Incluso hubo intercambios discretos de paraguasos entre mujeres. Un centenar de personas no encontró sitio, pero permaneció junto a la puerta, confiando en conseguir entrar tras la suspensión de la audiencia a mediodía. Fueron los primeros en ver salir majestuosamente del ascensor a una de las principales estrellas del proceso, el abogado Percy Foreman, de Houston, al cual la señora Mossler había confiado la defensa de Powers por unos honorarios de 200.000 dólares —unos doce millones de pesetas—.

«dos hay que abusan»

Durante las dos primeras semanas, Foreman había aparecido como la personalidad dominante del proceso, aplastando con su grandilocuencia sureña no solamente a los abo-

gados de la acusación y a los espectadores, sino incluso al juez George Schultz. Los periódicos habían publicado largos relatos de su carrera, ya legendaria. Había defendido por lo menos a setecientas personas, de las cuales una sola había sido ejecutada. La mayor parte de sus clientes escapaban a todo castigo, aunque —se dice— hubieran abatido a su víctima en pleno día, en medio de la calle y ante cuarenta y tres testigos.

Dominando a la multitud desde lo alto de su metro ochenta y cinco, intimidándola con sus 120 kilos, Percy Foreman camina con paso rápido hacia la sala de audiencia, con aire hosco, llevando en cada mano una pesada cartera de cuero negro. Un periodista consigue acorralarle un segundo en la puerta para preguntarle si podría, en el transcurso del proceso, entrevistar a Powers. Foreman rehusó y explicó muy amablemente: «Mi querido amigo, todos mis clientes tienen el derecho de ser estúpidos. Si no lo fuesen, nunca tendrían necesidad de mis servicios. Pero hay algunos que abusan de este privilegio».

Powers llegó diez minutos más tarde, sonriendo embarazadamente a los fotógrafos que reculaban ante él. Alto, ancho de espaldas, se contoneaba desmañadamente, como un jovencito en período de desarrollo que no sabe qué hacer con su cuerpo y tiene miedo de tirar algo. Tenía los cabellos negros, un rostro de tosca sensualidad, marcado por el acné y ojos verdes sin expresión. Pese a la elegancia un poco vulgar de su traje, tenía más bien el aspecto de un muchacho que trabaja en un garaje y que se dedica luego a montar en moto.

A las nueve y media estaba allí todo el mundo, salvo el juez Schultz y la señora Mossler. En la mesa de la defensa, además de Powers y Foreman, estaban sentados Harvey St.-Jean y Henry Carr, ayudantes de Foreman, y los tres abogados de la señora Mossler, Clyde Woody, Marian Rosen y Walter Gwinn. Enfrente, en la mesa de la acusación, se sentaba el fiscal de Dade County, Richard Gerstein, macizo, casi calvo, la mirada desviada por un ligero estrabismo producido por una herida de guerra, expresando el rostro en la mayoría de las ocasiones una ansiedad contenida. Aunque no había perdido ni un solo caso en los nueve años que llevaba de fiscal del condado, debía admitir más adelante que se había sentido sobrepasado por Foreman desde el principio. Se encontraba exasperado por la publicidad periodística en torno al proceso: «Si no hubiese sexo y dinero por medio, este crimen no merecería estar ni en la página 20».

La señora Mossler hizo su entrada un poco después de las nueve y media, precedida, en la antecámara, por un rumor excitado, **SIGUE**

y, en el umbral de la puerta, por los fognazos de los flashes. En equilibrio inestable sobre sus muy altos tacones, caminó hasta su sitio, distribuyendo sonrisas y besos a sus amigos y parientes.

«¿no hay que decirlo, eh mamá!»

Asombrosamente atrayente, en el sentido más directamente físico, Candy Mossler tenía el aspecto de una bailarina de cabaret en la edad crítica. Sus cabellos platinados, desgastados por el uso repetido de colorantes, caían en desorden sobre los hombros. El grueso trazo de lápiz que enmarcaba sus ojos azules y elevaba los rabillos, daba a su rostro una expresión vagamente irónica. Su vestido beige parecía adquirido en unos almacenes baratos. La señora Mossler se aplicaba en conservar una actitud modesta, con su sonrisa cándida buscando evidentemente expresar una tranquilidad de ánimo, sin duda un poco quebrantada, pero en absoluto perdida. Sin una mirada para Powers, fue a sentarse al lado de Marian Rosen, que le tendió inmediatamente un kleenex, con el cual enjugó una lágrima del borde de su ojo.

Una vez que llegó el ayudante del procurador, Arthur Huttoe, comenzó el juez Schultz la lectura del acta de acusación. Tesis general: los dos acusados habían planeado la muerte de Jacques Mossler, por lo menos durante dos años; uno de los dos había ofrecido dinero a cinco personas para cometer el crimen; ante las negativas que habían recibido, se decidieron a hacer el trabajo ellos mismos.

Aunque la hora exacta de la muerte de Mossler no haya podido ser determinada, todo indicaba que tuvo lugar hacia las dos menos cuarto de la madrugada del 30 de junio de 1964, en un apartamento que había alquilado desde hacía poco tiempo en Key Biscayne (Florida). Desde el mes de octubre anterior, Mossler vivía separado de su mujer, habiendo abandonado su casa de Houston (Texas) para instalarse en Miami.

Los hechos establecidos eran los siguientes: Powers llegó a Miami, procedente de Houston, la noche del 29 de junio de 1964. Hacia la una menos cuarto de la madrugada del 29 al 30 de junio, entra en un bar a algunos kilómetros del apartamento de Mossler y pide un whisky doble. Se pierde en seguida su pista hasta las ocho y cuarto de la mañana, hora en la que se ve montar en un avión en el aeropuerto de Miami.

Candy Mossler había llegado a Miami una semana antes para pasar unos días con su marido. La noche de autos, a la una y media de la madrugada, unos inquilinos del Governor's Lodge —el inmueble en el



Jacques Mossler, multimillonario de Texas, fue asesinado en su casa de Miami de treinta y nueve cuhillas.

que vivía Mossler— la ven marcharse en coche con su hija mayor, Rita, y tres de los cuatro niños que había adoptado. A las tres menos cuarenta y siete minutos, siempre acompañada de los niños, se presenta al servicio de urgencia del hospital local. Se queja de jaqueca y pide una inyección calmante. Una enfermera propone ponérsela, pero Candy prefiere esperar al médico, aunque tarde en llegar una hora. Abandona el hospital a las cuatro y cuarto.

Entre tanto, en Governor's Lodge, los vecinos escuchan extraños ruidos. Hacia las dos menos cuarto, quince minutos después de haberse ido Candy, una mujer que vivía enfrente del apartamento de Mossler, oyó gritar a un hombre: «¡No... eso no... No me hagas eso... Por favor...!». En seguida oyó un ruido de lucha y dos golpes secos.

Algunos minutos después, otros dos inquilinos vieron un hombre de gran talla salir por la escalera de atrás y un coche que se alejaba con los faros apagados.

A las cuatro y media, la guardiana nocturna del inmueble, Irene Durr, vio a la señora Mossler volver del hospital con los niños. Les oyó hablar en la parte baja de la escalera. Uno de los niños, Eddie, de diez años, dijo a su madre: «No se debe decir, ¿eh, mamá? ¿Tú no quieres que se diga?».

A las cinco menos cuarenta y nueve minutos, Rita, de diecinueve años, telefona a un médico local y le pide que venga inmediatamente, porque su padre tiene la cara cubierta de sangre. El médico llama a la Policía que encuentra el cadáver de Mossler tendido en el salón, sobre el costado izquierdo, recubierto de una colcha naranja.

Paseando nerviosamente de una habitación a otra, la señora Mossler no cesa de pedir a los detectives que «hagan algo». Envía a los niños a buscar coca-cola en la máquina automática del piso bajo. Ninguno de los testigos observa, ni en Candy Mossler, ni en los niños, la menor señal de emoción o inquietud. Ninguno llora. En respuesta a las pre-

guntas de rutina, Candy adelanta varias hipótesis diferentes sobre el móvil posible del crimen. Declara desde un principio que su marido era un hombre de negocios implacable, que tenía ciertamente muchos enemigos. Una hora más tarde habla de robo y declara que han desaparecido joyas y dinero. La Policía no encontrará nunca la prueba de ningún robo.

Algo más tarde, al amanecer, después de haber consultado a sus abogados, la señora Mossler presenta una tercera teoría en el cuartel general de la Policía. Su marido, dice, era un homosexual. Ella le había advertido varias veces de los riesgos que corría al recibir a sus amigos en el apartamento. Está segura que ha sido asesinado por uno de ellos.

La lectura del acta de acusación dura una hora. Dejando el terreno de los hechos por el de las suposiciones, Arthur Huttoe afirma para concluir que la señora Mossler había ido a esperar a Powers al aeropuerto y que había abandonado Governor's Lodge a la una y media, conforme a un plan concertado. Powers, que esperaba en la sombra, subió entonces al apartamento para apuñalar a Jacques Mossler.

Los jurados, todos hombres, habían escuchado esta lectura con una calma absoluta, balanceándose suavemente en sus sillones-meccadoras, con las manos cruzadas sobre el vientre. Había entre ellos un pescador de peces raros para el acuario de Miami, un conductor de autocares, un cartero, el propietario de una casa de apartamentos, un pianista y un groom de hotel. La mitad llevaban corbata. Muy pocos tenían una educación secundaria.

La señora Mossler, a punto de llorar, los miraba de uno en uno, intentando a veces una tímida sonrisa. Su palidez estaba acentuada más aún por un maquillaje blanco, como de yeso. Con la mano izquierda jugueteaba con su collar de perlas. Durante toda la lectura, el rostro de Powers no dejó de expresar el aburrimiento más profundo.

Después de una breve suspensión de la audiencia, Percy Foreman se levantó para su primera intervención. Avanzó muy lentamente hasta el centro de la sala, bebió con calma un vaso de agua que le alargó un ujier y dirigió a los jurados una mirada inquisitorial, como si tratase de desvelar sus debilidades ocultas. Tenía el aspecto de un político en jira, que se dispone a conceder una protección enteramente inmerecida a un grupo de campesinos con sombrero de paja.

«Si alguna de las treinta y nueve heridas descubiertas en el cadáver —dijo— hubiese sido infligida por una persona diferente, es decir, por treinta y nueve personas, habría to-

avía el triple de personas en el Estado de Florida que tendrían buenas razones para desear la muerte de Jacques Mossler».

Después de esta entrada en materia, a nadie le cupo ninguna duda sobre el sistema de defensa adoptado por Foreman. Iba a hablar lo menos posible de su cliente, Powers, y confundir a todas las demás personas mezcladas en el asunto. Así pues, comenzó por asesinar una vez más al difunto.

«Nunca pirata más implacable que Jacques Mossler había surcado los mares del comercio. Mossler había recibido tantas amenazas de muerte que dormía con un hacha bajo la almohada y contrataba frecuentemente hampones para protegerle contra los chantajistas».

Para mayor claridad, Foreman dividió los enemigos de Mossler en cinco categorías:

1. Los vendedores independientes de automóviles, a los que había arruinado con sus diabólicas maquinaciones.

2. Los miles de ciudadanos inocentes cuyos automóviles habían sido embargados por los agentes de Mossler (Foreman hablaba de las sociedades de crédito de Mossler, como si se tratase de redes de espionaje de una potencia enemiga).

3. Los antiguos empleados de estas sociedades que habían sido despedidos de la noche a la mañana para ser reemplazados por jóvenes de buen ver, de los cuales se había encaprichado Mossler.

4. Los príncipes, duques y barones del imperio Mossler, que codiciaban la sucesión.

5. Los innumerables pervertidos y otros perversos con los que Mossler tenía sórdidas relaciones clandestinas.

Y aquí llegó el golpe genial de cinismo.

«Si se exceptúa el fetichismo del zapato —dijo Foreman—, Mossler tenía todos los vicios: afición al travesti, homosexualidad, "voyeurisme", masoquismo, sadismo, todas las perversiones inventariadas en la "Psychopathia Sexualis", la obra maestra de Krafft-Ebing».

Foreman cita a otros dos hombres, distintos a Powers, que habrían podido cometer el crimen: un antiguo vicepresidente de una de las sociedades de Mossler, Vincent Callagiron, al que presenta como un «guapo muchacho», y un decorador llamado Fred Roy Weissel, al que se había encontrado la mañana del asesinato medio muerto a ocho kilómetros de Governor's Lodge y que habría podido ser uno de los amigos de Mossler.

Foreman dejó en seguida entrever que las pruebas acumuladas contra Candy y Powers habían sido forjadas por policías corrompidos, a

cambio de grandes cantidades de dinero proporcionadas por las cuatro hijas que Mossler había tenido de su primer matrimonio. Al obtener la condena de Candy, las cuatro hermanas esperaban asegurarse una parte mayor de la herencia.

«¿debo presentar los testigos?»

¿Los testigos de cargo? La acusación había ido a buscarlos «en los cubos de la basura de las cárceles y de los manicomios». Eran todos ladrones, convictos dispuestos a cometer perjurio. A los que eran blancos, se les hacía venir desde Texas en primera clase y se les hospedaba en hoteles de lujo, donde el Estado de Florida les suministraba tanto alcohol y mujeres como fuera necesario para satisfacer sus depravados apetitos. Los negros, en revancha, eran trabajadores honestos, a los que se había obligado bajo amenaza a abandonar su casa, su mujer encinta y sus hijos enfermos para venir a testificar a Miami. Vivían en el ghetto negro de la ciudad y trabajaban por salarios de miseria.

Nada de todo esto, quede bien claro, fue probado nunca. Nadie vino a testimoniar que Mossler fuera homosexual: ningún príncipe, ni barón apareció; nadie, tampoco, que hubiese sido arruinado por las diabólicas maquinaciones de Mossler. Caltagirotte, presentado por la acusación, se descubrió que era un hombre muy vulgar de treinta y nueve años, padre de dos hijos. Weissel no había encontrado nunca a Mossler. La co-

rrupción de los policías no pudo ser establecida. En fin, los testigos blancos y negros habían viajado en la misma clase.

Foreman concluyó sobre una nota sentimental: «Powers —dijo— era muy querido del difunto, su tío, que le consideraba como un hijo suyo. Para los pequeños era un hermano mayor».

Cuando los espectadores abandonaron la sala, en la suspensión de mediodía, estaban bastante menos seguros de lo que era preciso pensar del asunto. Periodistas y leguleyos se encontraron casi todos en un bar situado muy cerca del tribunal, el «Craig's other place». Se empieza por felicitar a Foreman por su brillante contraofensiva. «No digo que yo sea el mejor, pero no lo niego», respondió Foreman, y pidió una ronda de whiskies para todo el mundo y un jerez para él. (De sesenta y tres años, había renunciado desde hacía algunos años a los licores fuertes.) En un clima de confianza, debido a la adulación de que era objeto, se dispuso inmediatamente a contar su carrera. Se había hecho notar desde sus comienzos en el colegio de abogados de Houston, basando sistemáticamente su defensa en la denuncia de los métodos de la Policía de Dallas, análogos, decía él, a los de la Gestapo.

«¿Quieren ustedes saber lo que pasa en Texas? Se lo voy a decir: los polis detienen a la última persona que ha visto a la víctima en vida o al tipo que ha descubierto el cadáver y lo golpean hasta que confiesa».

EL PROCESO DE MEL Y CANDY

Foreman explota esta vena con tanto éxito, obteniendo la aquiescencia de todos sus clientes, que su reputación se extiende rápidamente. Las gentes a las que se encontraba inclinadas sobre un cadáver, con una pistola humeante en la mano, pedían inmediatamente consultar a Percy Foreman.

Más tarde, en el transcurso del proceso, alguno le preguntaba cuánto solía cobrar por defender un caso criminal. «Eso depende —respondía Foreman sonriendo—. ¿Proporciona usted los testigos o debo hacerlo yo?».

A la una y media se formó nuevamente la multitud en el quinto piso, donde los ujieres hubieron de instalar una reja a la entrada del corredor para controlar la avalancha de espectadores. Perdida en la cola, una señora anciana, en alpargatas, discutía con una rubia de elegancia chillona. «Son inocentes —decía la rubia—: si una mujer ama a un hombre, ¿para qué iba a querer que arriesgase su vida?». «Pero ella no le quiere, amiga mía —respondió la señora mayor—: simplemente se juntan».

«una huella sobre la pila»

Cuando la señora Mossler llegó, fue acogida como una vedette. Los fotógrafos la llamaban «Candy» y pedían que sonriese. Un periodista consiguió detenerla un segundo en

el marco de la puerta: «Señora Mossler —preguntó—, esta mañana se le ha acusado de cosas terribles: asesinato e incesto. ¿Tiene usted algo que decir?». «Ya sabe usted —replicó ella—, ¡nadie es perfecto!».

Durante el proceso, ella habla siempre con voz débil, un poco jadeante, con un fuerte acento sureño. La imagen que trataba de ofrecer era la de una viuda indefensa, una madre llorosa, abrumada por un injusto destino. A pesar de las numerosas entrevistas que concedió, muy pocos hechos de su vida privada pudieron establecerse con certidumbre. Por lo demás, era preciso creer bajo palabra a quien corría —el proceso lo probó ampliamente— más riesgos.

Según su partida de nacimiento, Candace Grace Weatherby nació el 20 de febrero de 1920, en Buchanan, Texas, quinta hija de unos granjeros que tendrían diez. (En el proceso, Candy afirmaría que nació en realidad en 1927, pero que su marido, disgustado por la diferencia de edad que les separaba, le obligó a falsificar su edad.) Cuando tenía cinco años, murió su madre y su padre desapareció poco tiempo después. Educada por sus abuelos, abandonó muy pronto sus estudios y se casó en 1939 con un contratista de Anniston (Georgia), A. Norman Johnson (si hubiese nacido efectivamente en 1927, tendría entonces doce años en el momento de casarse).

SIGUE

Desde las siete de la mañana, el público se agolpó ante la sala de audiencia, en el piso quinto del Palacio de Justicia de Miami. La mayor parte eran personas que habían pasado la cincuentena. Después llegó la televisión. El proceso de Mel Powers y Candy Mossler provocó la máxima expectación. Había motivos para ello.



¿SU PIEL SECA?...



Cuidela con

NUEVO LAIT DE VICHY

especial para cutis secos y sensibles. Hidratante, rica en cuerpos grasos. Limpia delicada y profundamente el rostro, sin efectos detergentes. Demaquillador ideal para pieles que no soportan el jabón. Su empleo por la mañana y por la noche seguido de una aplicación EAU LUSTRALE de VICHY (pieles secas y sensibles), mantiene el equilibrio fisiológico de la piel indispensable para su frescura y lozanía.

Lait de Vichy *para pieles secas*

EL PROCESO DE MEL Y CANDY

Candy Mossler era el centro de la atención popular. Escoltada por su abogado, Woody, es asediada por los fotógrafos, camino de la sala donde fue juzgada.

Por su parte, al cabo de los dos años de matrimonio «desapareció» Johnson. Candy quedó sola con dos niños, Norman y Rita, a la que educa durante algunos años posando para fotos publicitarias —sobre todo, precisa Candy, para pastas dentífricas y calzados—. En 1947 se la encuentra en New Orleans, donde dirige una escuela de maniqués. Es ahí donde la conoce Jacques Mossler, que acaba de divorciarse. Se casan en 1948 y después de varios meses de viajes a través de Europa y los Estados Unidos compran una enorme casa en el barrio elegante de Houston.

Cuelgan obras de Gainsborough y Renoir en las paredes, se hacen construir una piscina, compran un rancho en los alrededores de Galveston y contratan a una doncella egipcia que habla tres idiomas. Candy «inspira» a su marido y «le estimula en sus negocios». A cambio, él le da 5.700 dólares —unas trescientas mil pesetas— al mes y la cubre de regalos.

«Por ejemplo —cuenta Candy—, Jacques me decía: "¿Prefieres otra diadema de brillantes o un nuevo Banco?". Yo respondía: "Jacques, tengo tantos diamantes...". Entonces él me compraba el Banco».

Candy adora a Jacques, evidentemente, y no descubre que es homosexual hasta después del crimen.

Tal es la vida de la señora Mossler, vista por ella misma. No corresponde muy exactamente con los recuerdos que evocan los periodistas tejanos, que han pateado bastante las comisarias y los bajos fondos de Houston. A juzgar por sus relatos, la señora Mossler parece ha-

ber estado fascinada siempre por el crimen y la violencia. Varios de los sirvientes que empleó en Houston o en el rancho eran antiguos condenados por la justicia. Los tres chicos y la niña que adoptó, eran los hijos de un vendedor de periódicos de Chicago que había matado a su mujer porque estaba persuadido que «su cuerpo encerraba los malos espíritus del Sahara». Vivió tres días con el cadáver en el apartamento, mientras los niños seguían dedicándose a sus ocupaciones habituales.

En 1954, la señora Mossler gasta una elevada cantidad de dinero para hacer revisar la condena de un asesino llamado Howard Stickney, a quien pretende, sin embargo, no haber encontrado antes de su detención. Stickney mató a su mejor amigo y a la mujer de éste, después llevó el cadáver de la mujer a su apartamento, donde lo guardó durante todo un fin de semana. Candy fue varias veces a verle a la cárcel antes de su ejecución.

Dos años más tarde, en Haralson County (Georgia), el hermano de Candy, De Witt Weatherby, mata a un hombre en el transcurso de una partida de «stud poker». Es condenado a cadena perpetua. Poco tiempo después, alguien toma contacto con el gobernador de Georgia, Marvin Griffin y le ofrece 25.000 dólares —millón y medio de pesetas— para «arreglar las cosas». El gobernador rehúsa. Cinco años más tarde, sin embargo, De Witt es indultado. La medida provoca remolinos políticos: el nuevo gobernador, Carl Sanders, elegido en 1962, es, en efecto, uno de los abogados que la señora Mossler había contratado y ella con-

tribuyó decisivamente en la financiación de su campaña.

La primera semana del proceso fue consagrada a los testimonios concernientes a las circunstancias mismas del crimen: desfile de médicos, policías y vecinos del Governor's Lodge. La deposición más aplastante fue la de un negro, Roscoe Brown, empleado desde hacía diecisiete años por los Mossler en trabajos diversos. Su nerviosismo al entrar en la sala traicionaba el desgarramiento interior de un sirviente fiel. Su testimonio se refería a la pila de la cocina del apartamento de Mossler y a un Chevrolet blanco. Era importante saber si Roscoe había limpiado la pila en la tarde del 29 de junio de 1964 —vispera del crimen—, pues se había descubierto una huella de la palma de la mano de Powers. Si la pila hubiese sido limpiada, esta huella no podía haber sido dejada más que después. Roscoe se acordaba perfectamente de haber limpiado la pila. Se acordaba también de haber llenado el depósito del Chevrolet blanco, lo que igualmente tenía importancia, pues se habían descubierto las huellas de Powers y el coche había sido encontrado la mañana del 30 de junio, a las cinco y diecinueve, en el aeropuerto de Miami.

Varias semanas más tarde, después de la detención de Powers y la entrada en la clínica de la señora Mossler, ésta telefonó a Roscoe:

«Me preguntó cómo iba. Dije que bien. Me dijo que yo debía decir la verdad. Dijo que el día que yo había ido al apartamento no era la vispera del día en que fue asesinado el señor Mossler. Me dijo: "Acuérdate bien, Roscoe: tú no has llenado

el depósito del coche y no has limpiado la pila. Cuando todo este asunto esté terminado, tendrás un buen puesto».

La señora Mossler dijo también otra cosa a Roscoe: le pidió que se acordase que él había oído la vispera del crimen quejarse al señor Mossler de un tal Vincent Caltagirone. Roscoe no se acordaba de nada de esto. (Hacia la misma época, la señora Mossler telefonó a Caltagirone para pedirle que se acordara de los turgentes de perversión que Mossler frecuentaba. Caltagirone no había visto nunca a Mossler en ninguno de ellos.)

La señora Mossler telefonó nuevamente a Roscoe en julio de 1965, algunos días antes de ser detenida, para recordarle lo que debía decir a propósito de la pila y del coche y para suplicarle que no dejase a los policías hacerle decir lo que ellos quisieran. Roscoe recibió la comunicación en presencia de un policía y de un taquígrafo.

Candy escucha este testimonio sorbiendo por la nariz y tapándose los ojos, murmurando varias veces: «No... no...», como si sufriera demasiado al ver un hombre tan bueno como Roscoe manejado por la policía.

Foreman conduce su contra-interrogatorio sobre el tema de la brutalidad policíaca. Pregunta con insistencia al testigo si los policías no le habían amenazado con veinte años de prisión si no decía lo que ellos querían. Roscoe asegura que no, pero que se le había amenazado con el encarcelamiento si no decía la verdad.

SIGUE

iii Salvat presenta: OTRA NUEVA GRAN OBRA EN FASCICULOS!!!

SALVAT

EL PRIMER DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO EN 4 VOLUMENES A TODO COLOR

4

TEMPORAL/EGE

Foto Studio Pirelli



Cada jueves 2 fascículos por sólo 30' - Ptas. / En su quiosco o librería
(15' - Ptas. CADA UNO)

Con los dos fascículos semanales de **SALVAT 4**, Ud. formará fácilmente la más documentada, completa y manejable obra de consulta en cuatro lujosos volúmenes.

SALVAT 4, obra actual y renovadora, ofrece como Diccionario plena información sobre las palabras, y cómo Enciclopedia los conceptos básicos y sustantivos de las ciencias, las letras y las artes. Todo ello perfectamente fundido y equilibrado dentro de su ordenación alfabética.

En sus 130.000 artículos y 350.000 definiciones redactadas por prestigiosos especialistas, brinda el conjunto total de los conocimientos que posee hoy el hombre y aquellos proyectos que serán logros durante los próximos años, transformando aspectos decisivos de nuestra civilización.

Este criterio de máxima actualidad ha conducido a incluir en los artículos relativos al léxico, los vocablos del lenguaje vivo y la terminología científica más moderna y entre los artículos de carácter enciclopédico se han destacado los más recientes avances de todo orden, así como las biografías de personajes actuales y los movimientos ideológicos, artísticos y literarios de hoy.

SALVAT 4 une a la precisión de sus definiciones y a su vasta documentación 12.500 ilustraciones a todo color: reproducciones artísticas, retratos, fotografías, procesos de producción, mapas, etc. El aspecto gráfico de la obra, perfectamente ligado al texto, constituye un factor decisivo como complemento de este. La impresión y excepcional calidad del papel couché dan a **SALVAT 4** una dignidad de presentación no conseguida hasta el presente en un Diccionario Enciclopédico.

SALVAT 4 obra de lectura y consulta, constituye en todos y cada uno de sus elementos una consecución única. Y su periódica aparición en fascículos permite captar con regularidad y sin esfuerzo el más amplio repertorio de conocimientos.

SALVAT

«percy va a poner al negro en apuros»

Al principio de la segunda semana, la acusación hace comparecer a sus dos testigos principales: los hombres a los que los acusados habían ofrecido dinero para desembarazarse de Jacques Mossler. Las deposiciones más convincentes fueron las de dos negros. El primero se llamaba Freddie Duhart. Gafas negras y mascando chicle, se aproximó al estrado con una desconfianza que traicionaba su aversión profunda por los tribunales y los policías. En la primavera de 1964 —declaró— estaba empleado como mecánico en una estación servicio de Webster, Texas, a tres kilómetros de un terreno de venta de remolques de automóviles perteneciente a Powers. Una parte de su trabajo consistía en ir a buscar los coches de los clientes, traerlos de nuevo, una vez limpiados y reparados. En varias ocasiones, mientras iba con Powers, éste había conversado con él. La primera vez, Powers le preguntó si conocía crímenes perfectos. «Sí —dijo Duhart—, yo he conocido tipos que robaban gallinas y que nunca han sido cogidos». La segunda vez, Powers le dijo que buscaba a alguien para «make a hit» (matar a alguien). Duhart respondió que había oído hablar de personas que desaparecían un buen día y que no se volvía a saber de ellos. Había oído decir que algunos mejicanos trasladaban los cadáveres al otro lado de la frontera y los tiraban a los volcanes. Powers le ofreció entonces 3.500 dólares —más de doscientas mil pesetas— para hacer un «hit». Duhart respondió que ni hablar del caso. En su tercer encuentro, en junio de 1964 —dos semanas antes de la muerte de Mossler— Powers volvió a la carga, pero Duhart rehusó nuevamente.

Esta deposición, simple y precisa, no había durado veinte minutos. Todo el mundo esperaba el contra-interrogatorio de Foreman. «El viejo Percy va a poner a este negro en apuros», murmuró O'Bryan. No ocurrió nada de esto. Foreman consiguió hacer reír al público con sus preguntas, pero Duhart no varió una palabra de su declaración. Respondió a todo con la indiferencia aburrida de un músico de jazz detenido por la brigada de estupefacientes y que sabe que no lleva droga encima.

El segundo testigo negro, Earl Martin, se muestra igualmente invulnerable a la técnica de contra-interrogatorio de Foreman. Había trabajado para Powers en diciembre de 1963, como mecánico en su depósito de remolques. Powers le preguntó un día si quería ganar «dinero fácil».

—¿Qué respondió usted?
—Yo dije: «Siempre que puedo».
—¿Y qué dijo Powers?
—Dijo: «¿Asesinarías al señor Mossler?»
—¿Qué respondió usted?

EL PROCESO DE MEL Y CANDY

—Le dije que buscaba a otro.

—¿Le dijo usted alguna otra cosa?

—Le pregunté qué iba a pensar la señora Mossler. Me dijo que ella estaba al corriente.

Un poco más tarde, en la oficina de Powers, Martin le había visto hundir varias veces un corta-papeles en la madera de una mesa, mascullando que estaba seguro de no dejarse coger, que «pincharía» a Mossler y le pincharía, y le pincharía hasta que explotase. Martin hizo una pantomima de la escena accionando mucho con el brazo.

Desde el comienzo de su contra-interrogatorio, Foreman comprendió que no obtendría gran cosa. Martin se atenia a lo que había visto y oído, respondiendo de forma tan simple y directa que era difícil sospechar que mintiese.

Las declaraciones de Duhart y de Martin no ponían en cuestión otra cosa que Powers y ellos no podían ser utilizados contra la señora Mossler. Pero no ocurrió lo mismo con la deposición de un convicto tejano llamado Billy Frank Mulvey, que ocupó el estrado durante toda la jornada del 8 de febrero, convirtiéndose en el testigo principal de la acusación. De 35 años, ladrón y drogado, según su propia declaración, Mulvey había pasado la mayor parte de su vida en prisión. En el momento del proceso purgaba una condena de cinco años en la penitenciaría del Estado de Texas.

En la primavera de 1962, contaba, su «amigo personal», Howard Stickney —el asesino al que la señora Mossler había tratado de salvar en vano—, le había pedido, justamente antes de su ejecución, que enviase, tras su muerte, un paquete de cartas a la señora Mossler. Mulvey respetó fielmente esta última voluntad. Tres o cuatro semanas más tarde, la señora Mossler le telefoneó para darle una cita en un bar de Houston, el «24-Hour Club».

«Stickney —le dijo ella cuando se encontraron— me ha hablado muy bien de usted en sus cartas». Sin duda se trataba de los talentos criminales de Mulvey, pues la señora Mossler añadió inmediatamente que tenía necesidad de que se le desembarazase de alguien lo más de prisa posible.

—¿Qué le respondió usted?

—Que eso le costaría caro. Ella me preguntó cuánto. Dije que eso dependía de las circunstancias.

—¿Qué comprendió usted cuando ella le pidió «desembarazarle de alguien»?

—Que se trataba de liquidar a alguien, de suprimirle. Yo no sé cómo lo llaman ustedes... Nosotros lo llamamos un «hit».

Incapaz de contenerse por más tiempo, la señora Mossler saltó de su sillón gritoando: «Yo no he visto ni oído a este hombre en mi vida». Pero

el juez invitó al testigo a continuar. Mulvey declaró que había pedido 25.000 dólares —millón y medio de pesetas— por hacer el trabajo: diez mil —seiscientos mil pesetas— de adelanto y el resto después del cumplimiento del «contrato». La señora Mossler aceptó. Dos semanas más tarde, se reunía de nuevo con él en el «24-Hour Club» llevándole 7.000 dólares en un paquete. No era la suma convenida, pero Mulvey se la embolsó de todas formas declarando que «iba a ver lo que podía hacer». Pidió un informe preciso sobre las idas y venidas de Mossler y la descripción exacta de su coche. Había consultado ya a un amigo sobre la forma de conectar una carga de dinamita a la puesta en marcha del vehículo, pero quería estar bien seguro de no confundirse de coche. «En este oficio —explicó volviéndose hacia los jurados— no se puede uno permitir errores».

«prohibido a los menores de 21 años»

Mulvey se gastó los 7.000 dólares y no volvió a ver a la señora Mossler. Dos años más tarde, sin embargo, se encontró a Powers en la prisión de Houston. Powers acababa de ser arrestado por la muerte de Mossler y los dos hombres pasaron algunos días en la misma celda. «Nos pusimos a hablar. Le dije que conocía a la señora Mossler y que pensaba que él se había metido en un buen lío. Me dijo que había matado a Mossler, que le había apuñalado no sé cuántas veces. No me interesé en su asunto, porque bastante tenía yo con los míos».

El contra-interrogatorio duró casi tres horas. La señora Mossler, que había recobrado su calma, le escuchaba sin chistar. Foreman insiste especialmente en el pasado criminal de Mulvey, quien parece considerar su enfrentamiento con Foreman como una experiencia divertida, como una ocasión de responder brillantemente. A una pregunta insinuando que podía haber recibido dinero para testificar, respondió: «El dinero no me hará salir de la cárcel; eso lo sabe usted mejor que yo, señor Foreman».

Hablando de su primera cita con la señora Mossler, explicó que en seguida se dio cuenta que iba a proponerle un asunto sucio.

—¡Oh, así que usted lo adivinó! ¿Cómo? ¿En el color del aire?

—¿Qué es lo que una mujer como ella podía querer de un tipo como yo?
—¿Cómo sabía usted de qué iba a hablarle?

—Lo que estaba claro es que no era para jugar al parchis...

Foreman pide detalles sobre las tres citas. Mulvey precisa que la señora Mossler quería saber cómo cometería el asesinato. Más valía, respondió,



Percy Foreman, el importante abogado de Houston, defendió a Powers. Cobró por ello doce millones de pesetas.

que le dejase hacer las cosas a él a su manera. No aceptó ninguna consignación ni podía incluso garantizar el éxito. Le dijo que le llamaría a propósito del viejo.

—¿Por qué «el viejo»?

—Así es como se dice para referirse a un marido. ¿Qué es lo que tenía que decir el joven a una mujer de su edad?

Insistiendo sobre el pasado criminal de Mulvey, Foreman le pregunta: «Sabiedo lo que usted es, Mr. Mulvey, ¿creería usted si fuese jurado una sola palabra de lo que usted ha dicho?». La objeción inmediata del abogado general fue admitida por el juez Schultz y el testigo fue dispensado de responder.

A las cuatro y media de la tarde, después de un contra-interrogatorio por el abogado de la señora Mossler, que no aportó nada nuevo, Mulvey abandonó la sala de audiencia, aparentemente muy contento de sí mismo.

El fin de semana fue consagrado a la audición de testigos que declaraban sobre las relaciones amorosas de Powers y de la señora Mossler. Era el único extremo del acta de acusación que el fiscal podía probar sin dificultad. Esta fue también la fase del proceso que atrajo en mayor medida a la gente. La multitud empezó a hacer cola desde las cinco de la madrugada. Los ujieres, temiendo la procaacidad de ciertas deposiciones, prohibieron la entrada a los menores de veintidós años. Como los días anteriores, la anciana de alpargatas tenía su opinión formada: «Si son absueltos, yo me pregunto cómo conseguirá ella desembarazarse de Mel».

© «The Saturday Evening Post» y «Triunfos».

PROXIMA SEMANA

EL CONTRA-ATAQUE DE PERCY FOREMAN